

ses que tarda la justicia para ponerse de acuerdo con la Naturaleza, en educar, en rectificar, en airear ese capullo de hombre, para que pueda abrirse á la vida sobre un tallo firme?

—No, señor; no lo hay. No hay más que el patio de corrección.

¡ El patio de corrección ! ¡ El semillero existente en todas las cárceles, para que germinen con buenas condiciones de abono, los criminales del porvenir ! Allí entrará el muchacho de la blusa blanca y los agujereados pantalones, el que ha hurtado por instinto de herencia ó por torpe impulso muchachil, cuatro pares de calcetines.

Allí entrará, para hacer el aprendizaje de su forzado oficio, entre catedráticos de catorce á diez y seis años. Allí estará aguardando las resoluciones de la justicia histórica, seis, ocho, diez meses, y cuando salga de allí, cuando se le declare irresponsable, saldrá corregido, admirablemente corregido.

Seguramente cuando salga no robará más calcetines.

Ya le habrán enseñado á robar relojes.

El grisú.

Encima de la tierra, cuando la noche desaparece, cuando las tinieblas se hacen luz, es para calentar y dar vida; debajo de la tierra, en el mundo siniestro de la hulla, cuando la noche desaparece, cuando las tinieblas se hacen luz, es para achicharrar y dar muerte.

Sin embargo, todas las mañanas, al amanecer, millares de hombres dejan la tierra, donde padea el sol y se despereza la vida, para sumergirse en la cantera negra, donde reina la sombra y la muerte va y viene alentando vahos de grisú. ¡Qué remedio! Hay que ganar el pan.

Arriba, encima de la tierra, quedan los padres viejos, los niños infirmes, las mujeres amadas. Es necesario que esa gente coma; es necesario que el hombre de esa gente coma también.

Entre el mordisco seguro del hambre, y el fogaño probable del grisú, el hombre opta por el grisú, y entra por la boca negra del pozo, y se pierde por las galerías angostas, y la emprende á piquetazos con el mineral, y se atapona

los pulmones con partículas de carbón, y es topo humano durante diez horas para percibir un jornal de catorce ó diez y seis reales dentro de la mina, que proporciona á los accionistas ociosos, dividendos enormes.

¡Qué remedio! Hay que ganarse el pan.

A ganarlo bajaron una madrugada los obreros de «La Reunión», mina situada á cuarenta y cinco kilómetros de Sevilla.

Los trabajadores de la cantera negra iban á comenzar la faena diaria; los picos se levantaban contra la roca; los barrenos blanqueaban dispuestos á estallar; las vagonetas gemían desparezándose sobre los carriles antes de emprender sus monótonos viajes... De pronto, una luz intensa, un relámpago asesino, iluminó aquel mundo de sombras. Se oyó un ¡ay!, uno solo; todas las bocas gritaron juntas; después un trueno formidable; después nada, el silencio; todas las bocas habían enmudecido á la vez.

¿Qué había ocurrido? Según los telegramas, una cosa sencillísima: un accidente.

Un minero inexperto ó imprevisor, asomó á la boca del pozo su lámpara abierta. ¡Una lámpara abierta, en mina donde el grisú se pasea tranquilamente, desde el último piso hasta la misma boca del pozo!... ¡Hase visto minero más torpe!... El grisú se inflamó y los obreros de «La Reunión» le pagaron el usual tributo de sangre. Hasta ahora van extraídos cincuenta

y tres cadáveres. Esto cuentan los telegramas.

Pero se dirá: en minas donde la muerte, más que un peligro, es una certeza diaria, ¿no hay vigilancia? ¿No hay personas encargadas, ¡qué encargadas!, dedicadas exclusivamente á que la imprudencia sea imposible y la temeridad irrealizable? ¿No se hacen reconocimientos constantes para disputar al grisú su cruel señorío?... Por lo visto, no.

Los cincuenta y tres cadáveres extraídos de las entrañas de «La Reunión» repiten ese ¡no! con sus bocas mudas y abrasadas.

¿Estará en lo cierto el telegrama? ¿Se habrá permitido que un obrero se acerque con la lámpara abierta á la boca del pozo abarrotada de grisú? No es posible creerlo. Si en esas minas, donde se atiende escrupulosamente la firmeza de los revestimientos, á la invitación de las inundaciones, á la bóveda amenazada de hundirse, á todo lo que cuesta dinero reponer y produciría quebranto en el valor de las acciones, no se atiende con igual escrúpulo la vida del minero, á la existencia del operario que baja á la cantera negra á pelearse con la muerte por un jornal de catorce reales, si eso fuera cierto... No, eso no es cierto; no puede, no debe ser cierto; el telegrama miente.

Aparte de las tremendas responsabilidades que la exactitud del telegrama supone, sería espantoso poder decir que hay minas en las cua-

les se cuida menos la existencia de cien trabajadores que de la estabilidad de un revestimiento, porque rehacer una bóveda cuesta dinero y substituir cincuenta y tres muertos por cincuenta y tres vivos, no cuesta nada.

*
**

Impulsos generosos del alma han hecho que varias personas y entidades abran suscripciones para socorrer á las familias de los obreros muertos en las minas de «La Reunión» por una explotación de grisú.

Tan simpático y loable propósito no ha merecido de las gentes acogida pródiga. Si se exceptúan los elementos oficiales y tres ó cuatro docenas de individuos, nadie se apresura á corresponder á la desinteresada invitación.

El público, que se crispó de espanto leyendo los detalles de la catástrofe, se encoge de hombros ante las súplicas de la caridad. ¿Por qué?... ¿Porqué la gente es ahora menos caritativa que en pasadas épocas? ¿Porque el corazón de los hombres se ha endurecido? ¿Porque las ajenas desgracias ni conmueven nuestras conciencias, ni llevan nuestras voluntades á buscar á aquéllas remedio? No; no es por eso. Es porque las gentes se han convencido de que, en los grandes infortunios humanos, la caridad no resuelve nada. Es que, al cabo

de diez y nueve siglos de emplearse como panacea, la caridad, que sería una virtud sublime, si no fuera una virtud perfectamente inútil, ha hecho bancarrota.

Durante diez y nueve siglos la solución de esos problemas sociales que se llaman miseria, abandono, desamparo, ignorancia, hambre, prostitución... ha sido encomendada á la caridad. Un puñado de calderilla puesto por el rico en las manos del pobre; un mendrugo puesto por las manos del harto en la boca del hambriento; un pañuelo de Holanda aplicado amorosamente sobre los ojos del huérfano ó la viuda; tres ó cuatro frases de esperanza, vertidas en los oídos del viejo ó del inútil, considerábanse medicina infalible.

Pero, ¡ay!, que los mil novecientos años han pasado entre prodigios caritativos, y al término de los mil novecientos años, todos esos problemas continúan en pie, desafiando á la caridad impotente.

Y es porque, no á la caridad, á la justicia toca resolverlos; la caridad tiene fuerzas para redimir del hambre y de la miseria á una familia, á un ciento de familias; pero no las tiene para salvar de ellas á un mundo de mujeres y de hombres.

La limosna, aplicada á las heridas que abren en la humanidad los egoísmos y las equivocaciones sociales, es venda que oculta de momento

la sangre, no es bálsamo curador que cierra la llaga.

He aquí la triste experiencia que regalan al mundo diez y nueve siglos de caridad. No acudiendo con limosnas á remediar los daños que la social injusticia produce, suprimiendo esa injusticia es como tales daños pueden y deben tener alivio.

La ley de la caridad ha caducado; la ley de la justicia aparece enfrente de las criaturas humanas como único signo de redención.

Por obra de esa ley, sólo por obra de esa ley, pueden ser vencidos el abandono y la miseria; el desamparo y la ignorancia; el hambre y la prostitución... Por obra suya también, sólo por obra suya, puede llegar un día en que, cuando ocurran catástrofes como la de las minas de «La Reunión», los padres, los hijos, los hermanos, las viudas de los obreros abrasados por el grisú, al tender sus manos hacia adelante, no sean mendigos que imploran cobardemente un puñado de perras chicas, sino individuos libres que reclaman perentoriamente el reconocimiento de un derecho.

Esta idea es la que palpita hoy en todas las conciencias y se hace lugar en todos los cerebros.

De ahí que cuando ocurren catástrofes como la de las minas de «La Reunión», y cuando los ruegos particulares ú oficiales se dirigen á las

gentes en nombre de la caridad, las gentes se encogen de hombros y responden:

—¡Caridad! ¿A qué? ¿Qué resolvemos con otra obra de caridad?

El día en que nuestra limosna se acabe, ¿qué va á ser de los huérfanos y de las viudas que hemos socorrido? ¿Abriremos una suscripción nueva? ¡Entonces!... Basta de caridad. Justicia es lo que hace falta en la tierra.

Enterremos esa sublime inutilidad que durante diez y nueve siglos hemos adorado; enterrémosla con respeto, con cariño, con lástima, pero enterrémosla.

La caridad es buena reina para sociedades de mendigos. Únicamente la justicia debe ser reina en sociedades de hombres.

Felipe.

Os presento, lectores, á un personaje, á una institución malagueña.

Es un *chaveilla*, un golfete, que diríamos en Madrid. ¿Su edad? Doce ó trece años. ¿Sus atributos? Una caja en forma de pupitre, coronada por una sucia plantilla de madera, un frasquito con agua, una rodaja de latón con manteca, una sonrisa alegre en la boca y unos cepillos en la mano. ¿Su trono? Las piedras de la calle y las baldosas de los cafés.

Porque Felipe es betunero, limpiabotas, con establecimiento movible. Se gana los garbanzos dando lustre. Esto de dar lustre á la gente fué siempre labor productiva. Después de todo— como dice Felipe—, mientras haya quien pague bien el lustre, anden los cepillos.

La Málaga del cielo azul, de la atmósfera tibia, del mar bonancible, de las mujeres seductoras y de los hombres ternejales, tiene dos notas públicas que la entristecen, repitiéndose con vergonzosa profusión de esquina en esquina, de calle en calle y de puerta en puerta: la betunería ambulante y la mendicidad.

Porque en Málaga, como en casi todas las poblaciones andaluzas, no es la mendicidad sarpullido con que la mala organización social se exterioriza. Epidemia es, que el aire de los campos sin cultivo y de los hogares labrados sin pan, empuja hacia los grandes centros para que los cubra con una costra purulenta y mortífera. En Málaga no está representada la mendicidad por ancianos y por tullidos, por mujeres inútiles y por criaturillas desnudas. No es la mendicidad de la impotencia, no es tampoco las del oficio, la que impera en Málaga.

Los mendigos que andan por ella son hombres fuertes, mozos robustos, mujeres en plena juventud; son hambrientos, á quienes la falta de jornales expulsó de los campos; son trabajadores que imploran trabajo y no lo hallan; son criaturas útiles que piden limosna mientras llega el día de subir al barco de emigrantes ó suena el minuto tristísimo de que el hambre meta entre los dedos, que empuñaron la herramienta trabajadora, la herramienta del asesino.

Nota amarga es la que provoca en las almas esta mendicidad. Notas dolorosas son también esos muchachos que, cajón á costillas y cepillo en ristre, invaden las calles pilleando su oficio y aguardando el momento de volverse

hombres para desaparecer en negruras cuyo solo buceo espanta.

Perdóneseme la digresión; vuelvo á Felipe.

Felipe es el rey de los betuneros; alegre y chistoso, ha ganado la simpatía de los señoritos, y recoge, entre propinas y jornal, tres ó cuatro pesetas diarias. En su domicilio es el hombre; lleva los garbanzos. Su madre y sus dos hermanos pequeños le admiran como á un Dios. Fuma y bebe y hasta enamora si se terciá. Mezcla de pájaro y de niño, tiene candideces de ángel y truhanerías de gorrion. La desvergüenza de sus chistes es ingenua; la respiró desde chiquillo en su mundo, y según la respira la va devolviendo, como devuelven los pulmones el aire que les hace vivir.

Caja y cepillos son para Felipe un *marchamo*, un pasaporte; él sabe que no vive de eso; que si sólo embetunara botas le darían cinco céntimos por par.

Su riqueza no está en el cajón de madera, ni en la cajilla y en el frasco, faltos por lo común de manteca y de agua. Su riqueza está en él mismo: en su cara graciosa, en sus actitudes de truhán, en sus tangos, en sus coplas, en su artístico descaro de niño, que va y viene sobre la tierra divirtiendo á las gentes con sus precocidades rinconeteras y con sus cantares de pájaro andaluz.

Todos le festejan, todos le aplauden, todos

elogian su ingenio despierto, su charranería en el bailar, su gitanesco estilo de canto. Es un niño y se celebran las gracias del niño callejero, recompensándolas con perras chicas, como se recompensan las gracias del niño rico con cartuchos de dulces.

Todos le minan y le quieren. Felipe ejerce en Málaga la hegemonía betuneril; entretiene á los demás y come y hace comer á los suyos entreteniendo á los demás con sus cantares, con su baile, con su carilla de golfete, con sus ojos vivos, con su reír descarado y alegre, con sus candideces de ángel, con sus truhanerías de gorrión.

Así vive ahora; así viven por él la madre y los dos hermanos pequeños de Felipe. ¡Ah! Mientras el betunero siga siendo niño será feliz. Ríe y hace reír á todos; come y da de comer á su gente. ¡Qué mayor ventura para una cría del arroyo!

Pero el niño se hará hombre. ¡Entonces!... Los hombres no pueden vivir de chistes y de tangos, de sonrisas y de cantares. Lo que en el niño seduce en el hombre asquea. Felipe no sabe más que cantar y divertir; no le enseñaron otra cosa. El niño deja de ser pájaro pronto: la mocedad le corta las alas, y ¿dónde irá con las alas cortadas el pobre muchacho de los ojos negros y vivos que canta á media voz junto á mí?

Yo no lo sé. El ni siquiera piensa en tal cosa. Puede que si oyese estas palabras: *El porvenir*, creyera que se trataba de otro betunero que tenía ese mote.

Familia.

Sobre los terrones emblanquecidos por la escarcha se alza la casa de labor. El sol amarillea bajo los azules de un cielo invernal. Los árboles, sin hojas, se estremecen á los rafagazos del viento; parece que tiritan de frío. Los gérmenes se hinchan entre los surcos aguardando el imperativo de la primavera para romperlos y empenacharlos con sus brotes. El agua es hielo en los remansos, espuma en los saltos, cristal deshecho cuando se desliza tranquilamente por los cauces. El aire lleva en sus ondas partículas de la nieve serrana; como nieve en copos descenden los rebaños por las laderas; como toca de virgen, encaperuza la nieve los picachos de las montañas; la voz de las esquilas se funde con los cantares del gañán, y el día amanece, mientras el portalón de la casa bosteza, abriéndose de par en par al trabajo del hombre.

En el interior de la vivienda todo es movimiento y trajín; los mozos de labranza se echan al hombro la herramienta ó aparejan las caba-

llerías; las mozas se pierden por lavaderos y corrales; dos chiquillos, con las greñas revueltas y la salud rebosando sobre las blancuras rosáceas del cutis, buscan á saltos el hogar donde una sirvienta atiza el fuego y prepara los desayunos.

Los sarmientos gimen al arder; las llamas culebrean entre cortinas de humo; el humo se pierde en la enorme campana para escaparse por la chimenea y manchar de negro la diafanidad del espacio.

Contemplo este espectáculo, con ojos mal despiertos aún, desde un sillón que el labrador ha dispuesto junto á la lumbre. El labrador asienta junto á mí. Es hombre de cuarenta años, lleno de salud y de fuerza; la bondad y la energía resplandecen en sus ojos, la voluntad en su frente, ligeramente bombeada, la varonía en el recio dibujo de sus músculos.

Mira á los niños con ternura de padre; á una viejecilla que se encamina con los pies arrastras en busca del fuego, con respeto de hijo; á una mujer pálida y enclenque, que asoma por las cortinas de la alcoba, con ojos de enfermero y de esposo.

Yo soy en la casa un viajero, un extraño conducido á ella por la casualidad y hospedado en ella con patriarcal esplendidez.

—Arrímese á la lumbre, señor—me dice el labriego—; arrímese y desayune con la familia.

Tiempo hay de sobra para que continúe el viaje. Yo también lo tengo para ir á mis faenas.

La moza dispone la mesa, y la vieja, la mujer, los chiquillos, el huésped y el hospedador, saborean la hervida leche que las rebanadas de pan salpican y el azúcar endulza.

—Proteja la suerte á esta familia—le digo al labriego—: á la esposa, á la madre y á los hijos de usted.

—Ni la vieja es mi madre, ni la más joven mi mujer, ni los muchachuelos mis hijos—responde el hombre—; pero á la cuenta, como si lo fueran, y sin cuentas son mi familia.

—¿Cómo?

—Verá usted. Yo casé con la hija de esta anciana; mi mujer era viuda y trajo al matrimonio los chicos. Por culpa mía, por la suya ya está probado que no lo era, no tuvimos hijos de los dos. Esta es una hermana, tan mala de salud como buena de corazón y de propósitos. La mujer murió: el aire de la sierra se le metió un día en los pulmones y al cabo de dos años de sufrir y sufrir y echar el pulmón por la boca, se fué la pobre al cementerio.

Tengo un buen pasar. La vieja ha cuidado de su hija y de mí y de mi hacienda. Dos meses pasó sin desnudarse junto á la difunta. Los chiquillos... pues los chiquillos no tienen más amparo que yo, y esta pobrecita enferma tampoco. ¿Qué iba á hacer? Sin mí, la vieja á pe-

dir limosna; los muchachos á hacerse unos granujas; la enferma al hospital. No era cosa de ponerles en mitad del campo y gritarles: «¡A buscárseles!» Además, los quiero; los quiero tal como si esta viejecita me hubiese parido; tal como si á esas criaturas las hubiese hecho yo; tal como si la enferma llevara mi sangre. El roce y los buenos haceres pueden más que las bendiciones y la sangre. Yo soy el fuerte, el que está útil para el trabajo, y yo lo gano para todos: para la vieja, que trabajó mientras pudo hacerlo; para la enferma, que trabajaría si pudiese, y para los chicos, que trabajarán cuando puedan. ¿No debe ser así? Tal lo creo.

Realmente la conducta del labriego no representa más que una buena acción: el esparcimiento de un alma compasiva que se vuelve brazos para proteger y amar á los débiles.

Realmente no es nada más que esto. Sin embargo, yo, caminando á solas por los terrones emblanquecidos por la escarcha, en la soledad augusta de los campos, bajo el purísimo azul del cielo pensaba en aquella familia, constituida por un labriego bondadoso y sencillo, sin obligaciones de sangre, sin legales vínculos, sin acicates de pasión, sin ingerencias del egoísmo ó de la codicia, y veía en ella el bosquejo de la futura familia humana; de la que, andando tiempos, ha de reunir á todos los hombres en un hogar sin límites, donde cabrán todos, re-

partiendo por igual el trabajo y el amor de todos para todos.

¡Familia hermosa que no prescindirá, ¡cómo ha de prescindir!, de las exigencias que la Naturaleza tiene juntamente con la carne y el alma del hombre, pero que sabrá satisfacerlas sin robar un átomo del común afecto á los otros, á los que hoy llamamos extraños y entonces se llamarán propios, porque la palabra extraño se habrá borrado del diccionario de la humanidad!

Familia sublime, en que los fuertes y los jóvenes trabajarán para los viejos, porque los viejos habrán trabajado antes; para los enfermos, porque no podrán trabajar; para los niños, con la esperanza, con la seguridad, de que éstos pagarán con su trabajo futuro el trabajo presente.

Familia que convertirá á la humanidad en un hogar sin muros y al mundo en una patria sin fronteras.

De honor y mérito.

La Junta de Damas que regenta la inclusa madrileña, ha negado á una madre el derecho de recobrar á su hija. De honor y mérito son esas damas, según rezan los membretes del Patronato. Poco honor se hacen atropellando los fueros de la maternidad. Ruin mérito es levantar entre dos besos una reja y correr un cerrojo sobre el santo amor de dos almas.

¿No hay ninguna madre entre esas damas de honor y mérito? Y, si hay madres, ¿cómo lo son? ¿Cómo sienten la maternidad? ¿Cómo decretan el secuestro de un hijo á las maternales caricias?

Sólo encuentro á mis preguntas dos respuestas. Una, que para pertenecer á la Junta de honor y mérito es requisito ser estéril. Otra, que las damas de honor y mérito establecen clases en el disfrute de la maternidad.

«Ni las madres—pensarán tal vez esas damas—deben substrarse al encasillado social, que nos divide en pobres y ricos, en explotadores y explotados, en señorío y plebe. Para los pri-

meros, todos los respetos y todas las satisfacciones; para los segundos, todos los trabajos y todos los desdenes.»

Si piensan así las señoras del Patronato, no es extraño su proceder con Flora Díaz. Es una madre de tercera clase. Como tal no puede pedir gollerías.

Bien está si así piensan; mejor estaría en la Diputación provincial de Madrid suprimir la Junta, y no ceñirse á sus voluntades, dando por justa la iniquidad que las damas de honor y mérito tratan de cometer en la persona de una madre.

Sólo hay dos motivos suficientes para excusar la substracción de una hija al amor de su engendradora: que la miseria de ésta llegue al extremo de no poder sustentar al niño, en cuyo caso entregárselo es condenarlo á morir de hambre, ó que la madre sea moralmente tan vil, que entregarle á su criatura equivalga á prostituirla.

Ninguno de estos dos casos concurre en Flora Díaz, en esa mujer que, abandonada, fuera por lo que fuera, del hombre á quien se dió, puso en el trabajo, voluntad y deseos, buscando con sus manos obreras el pan de sus hijos, más que el propio.

Porque el pan faltó un día en su hogar, se desprendió Flora de sus hijos, se arrancó el alma, al desprenderse de ellos, para que ellos no su-

rieran el hambre y el frío y la miseria, la horrible miseria que acurruca á las hembras con la mano al aire y la cría sobre los muslos, en los quicios de estos portales madrileños.

A luchar volvió Flora Díaz con la miseria, sola, honradamente, mientras sus hijos disfrutaban de un relativo bienestar. A la lucha fué con el propósito firme de vencer, de redimir á sus criaturas, de reunir las en su hogar y de restañar con sus caricias la sangre perdida en la pelea.

Flora Díaz triunfó. Su vida se halla asegurada por un jornal estable. Puede mantener á sus hijos, tenerlos con ella, recoger la felicidad en sus brazos, velar sus sueños, vigilar sus infantiles travesuras, ver el día en sus ojos, antes que en el espacio, y perdonar, apretándolos contra su carne, la ausencia del hombre que se fué.

Cuando con esta esperanza en el espíritu, con este propósito en la voluntad, con este derecho en la conciencia, se dirige á la Inclusa en reclamación de su infanta, la Junta de damas se la niega y cierra la puerta brutalmente. No sabían—hagámos á las damas el honor de afirmar que no lo sabían—que al cerrar las puertas de la Inclusa, aplastaban contra ellas el corazón de una mujer.

¿Por qué se han negado las meritorias y nobles señoras á entregar la niña á su madre?

¡Ah, por qué!... Porque Flora Díaz, obrera

y obrera socialista, además, no es casada; porque de soltera tuvo el hijo y de soltera se atreve á reclamarlo.

«No basta que hayas parido al hijo, que hayas trabajado, peleado, sufrido por él—exclaman no te le damos, aunque seas honrada, aunque seas trabajadora; aunque, reclamándolo, en el primer claro de bienestar que te brinda la suerte, pruebes ser madre buena.»

Damas de honor y mérito, autoras de un atropello que crispera los nervios y enciende la sangre, no supongáis que el mundo y el derecho son en la vida moderna tales como os lo pintan vuestros jesuitas confesores, vuestros neotulios, vuestros inquisitoriales luises.

El mundo moderno, aun en España, es otro, y otro es el derecho moderno también. El derecho moderno se acomoda cada vez más á la ley natural, violada despiadadamente por las damas de honor y mérito que componen la Junta de la Inclusa.

Ventanas cerradas.